

**LAS DERECHAS: TECNÓCRATAS,
LIBERALES Y *NEOCONS***

Fernando del Rey Reguillo (coord.)

LA DERECHA EUROPEA ENTRE DOS SIGLOS. DE LA CRISIS DE LEGITIMIDAD AL REGRESO DE LA POLÍTICA

FERRAN GALLEGO
Universitat Autònoma de Barcelona
ferrangallego@terra.es

RESUMEN

El propósito de este trabajo es mostrar la forma en que la derecha liberal o populista europea responde a la crisis de la política de finales del siglo XX y comienzos del XXI. La diversidad de propuestas realizadas desde el triunfo de Margaret Thatcher al de Sarkozy obedece a la diversidad de tradiciones políticas de la derecha en cada uno de los países tratados (Francia, Alemania, Italia, España y Gran Bretaña). Con todo, existe también un factor que une todas estas experiencias, que es la voluntad de ruptura, el deseo de adaptación a un nuevo ciclo político. El cambio radical entendido como regeneración, el populismo como escenificación de la soberanía y la identidad nacionales, las nuevas formas de liderazgo, son algunos de los temas tratados, que deben considerarse en la especificidad de cada país y en la participación en un modelo de cambio de ciclo político y social en Europa Occidental.

Palabras clave: Europa, partidos políticos, derecha, siglo XXI.

ABSTRACT

This article shows how the European liberal and populist right wing responded to the political crisis of the end of the 20th and the beginning of the 21st centuries. The diversity of proposals forthcoming between the triumph of Margaret Thatcher and that of Nicholas Sarkozy reflects the diversity of right-wing political traditions in each of the countries considered (France, Germany, Italy, Spain and the UK). However, these traditions also share a common factor: a desire to make a clean break, to adapt to a new political cycle. The article looks at radical change understood as regeneration, populism as the backdrop for a show of sovereignty and national identities, new forms of leadership. All these should be considered within the specific conditio-

ns of each country and as part of a model for changing the political and social cycle in Western Europe.

Key words: Europe, political parties, right wing, 21st century.

I

Al recordar el momento en que debía hacerse cargo de su puesto de Primera Ministra, Margaret Thatcher indicaba: «Si no se aprovecha la oportunidad para tomar un rumbo radicalmente nuevo, es casi seguro que nunca se producirá (...). Estaba decidida a enviar una señal de cambio» (1). Cuatro años después, Helmut Kohl presentó el *cambio* en un sentido de *permanencia*: la disponibilidad a realizar una política que respetara los principios corporativos de la política llevados desde la fijación misma de la «economía social de mercado» en los años de Adenauer, y la aceptación de los avances de la *Ospolitik*, blanco fundamental de las críticas de la oposición (2). En una fecha tan alejada del «huracán Sarkozy» como 1978, Jacques Chirac definía el «lugar ideológico» de su movimiento, rebautizado como *Rassemblement Pour la République* (RPR), estableciendo una «nueva etapa» en la que la actualización habría de entenderse como recuperación de los valores populares y nacionalistas del gaullismo difuminado desde el apoyo del partido a Giscard en las presidenciales de 1974. Distinguiendo entre «nous et les autres», Chirac trataba de virar a favor de la idea de «movimiento nacional», distinto de representación sectorial alguna, recurriendo a las últimas palabras de Saint-Just ante la Convención Nacional en julio de 1794: «No soy de facción alguna, las combatiré a todas». El cambio se presentaba como *retorno* a un recinto de valores, de estilo, de forma de sociabilidad, de comprensión de la esencia de las relaciones entre ciudadanía y representación, más que a un mero programa de reformas que encauzara estos factores más profundos (3).

La búsqueda de una nueva identidad conservadora, en el caso de Thatcher, va a realizarse en el marco de una intensa movilización sindical, que ha desbordado tanto a los conservadores moderados de Heath como a los laboristas de Callaghan. Por ello ha podido afirmarse que el acceso y consolidación de la «dama de hierro» en el gobierno se produce, más que por méritos propios, por una serie de felices circunstancias que le permiten proponer la regeneración y la autoridad a un pueblo agotado. Tras una victoria en la que aprovecha la escisión de los laboristas y las peculiaridades del sistema electoral británico, Thatcher se apresurará a presentar al pueblo británico una versión del conservadurismo que trata de reencontrarse a sí mismo como «partido de la nación» y

(1) E. EVANS (1997): 1.

(2) W. MASER (1991): 242-243; M. JANUÉ (2003): 60-66; P. PULZER (1995): 145-148.

(3) J. CHIRAC (1978): 54.

expresión del «sentido común» de la clase media. Por un lado, la disposición a responder al desafío sindical mediante el restablecimiento de una autoridad que se basa en la elección por los votantes de una mayoría que gobierne. Por otro, la defensa del sentido de lo *nacional* y lo *individual* combinados, que encuentra una ocasión propicia en la crisis de los setenta. Esa propuesta «tatcherista», más que un programa, es una *actitud social* que irá concretándose mediante una serie de reformas que llevan a la construcción del «capitalismo popular»: la política de privatizaciones acelerada, que permitirá la distribución de acciones entre los británicos (4); el establecimiento de campos de competencia entre universidades para obtener la ayuda del Estado, así como el impulso al patronazgo privado; el estímulo a la reducción de gastos en el Servicio Nacional de la Salud, uno de los elementos totémicos de la sociedad de posguerra. Tal «capitalismo popular» podrá ser matizado por algunos datos, como la rápida enajenación de acciones ante el temor de privatizaciones que las desvaloricen, o la resistencia creada en el propio seno del partido a medidas como el cambio de la política fiscal —en especial el «poll tax»— o los debates acerca de la integración europea, que van convirtiendo en exquisitos cadáveres políticos a personajes de la talla de Geoffrey Howe, Nigel Lawson o Michael Heseltine, hasta acabar provocando la caída de Thatcher a finales de 1990. Los conservadores habrán de reconocer que las sucesivas medidas tomadas en la década de los ochenta reducirán considerablemente su tasa de credibilidad social en cuanto el laborismo sea capaz de hallar un liderazgo dispuesto a actualizar la tradición sindicalista del partido y colocarse en la línea de un proyecto progresista, que no deja de tener en cuenta los aspectos esenciales de la responsabilidad individual, la protección de Gran Bretaña frente a la amenaza de una Europa intervencionista o la prioridad de una alianza con los Estados Unidos (5). Un lúcido análisis acerca de la elección de Cameron como líder de los conservadores británicos en Tom Burns Marañón permite entender las diferencias entre la ofensiva de Thatcher y la tradición conservadora, así como las letales continuidades de la política de la «dama de hierro» en su sucesor, que permitieron desalojar a los conservadores en 1997. En su análisis, Burns Marañón nos recuerda que Thatcher asumió una política de conflicto social abierto entre dos modelos de sociedad que, mientras dejaba fracturas considerables en el mismo Partido Conservador que las alentaba, obligaba al *conjunto* de la sociedad británica a aceptar no sólo el conflicto en sí, sino la existencia de unas nuevas categorías de la identidad de cada con-

(4) Como resultado de la política de nacionalizaciones y reparto de acciones, en 1992, la proporción de la población propietaria de éstas pasó de un 7% al comienzo del mandato conservador al 22%. En la década 1981-1991 llegaron a privatizarse, completamente o mediante venta de una parte mayoritaria de acciones, empresas como Cabel&Gíreles, Amersham Internacional, British Telecom, British Steel, British Gas, Jaguar, Roll-Royce, entre otras. D. CHILDS (2001): 243-245.

(5) Acerca de las querellas intestinas del partido y, en especial, los problemas de liderazgo que siguen a Thatcher, H. WILLIAMS (1998): 124-240; R. SHEPHERD (1991): 199-221; S. WALTERS (2001).

tendiente. Si los laboristas supieron que nunca podría restaurarse el tipo de confrontación, de base social segura, de representación de la clase obrera industrial organizada que habían tenido hasta entonces, los conservadores habían de comprender que el modelo del enfrentamiento habría de sustituirse por una aceptación de sucesivos contagios culturales de la administración (6).

II

Esta referencia al caso británico sirve para quebrar uno de los elementos con los que de una forma menos atenta se ha jugado, por lo menos en el nivel divulgativo más amplio, al hacer del caso del largo gobierno de coalición entre la CDU/CSU y el FDP, entre 1982 y 1998, un ejemplo idéntico al thatcherista, que formaba parte de una misma ofensiva conservadora. Esta afirmación de lugares comunes puede ignorar cuál fue la diferencia de consenso de políticas sociales en ambos países, incluso antes de la Segunda Guerra Mundial. Después de ella, los democristianos recogieron una cultura que, tras haber permitido mantener al SPD fuera de las áreas de gobierno durante los veinte primeros años de la República Federal, tuvieron que hacerlo mediante la asunción de una «economía social de mercado» y el reconocimiento de un sistema corporativo de negociación que sólo podía ser visto con cierta reticencia por los sectores más radicales del FDP. Este factor cultural es ineludible cuando se trata de comprender la ausencia de un conflicto de lucha de clases como el vivido en la Gran Bretaña de los setenta —que no se dio en modo alguno con el acceso de Kohl a la Cancillería, sólo tres años después de que lo hiciera Thatcher—. Tal conflicto no podía darse por diversos motivos, entre los que no era el menor la existencia de una mayoría electoral más delicada en la RFA, a la que pronto se sumaría la irrupción de los Verdes en el *Bundestag*, en 1983. Se hallaba, sobre todo, la necesidad de ofrecer un *Modell Deutschland* que fuera más allá de las alternativas de gobierno y se presentara como la *forma elemental* de la sociedad alemana, tanto de cara a los propios ciudadanos que habían experimentado el paso de la dictadura nazi y la derrota al milagro económico consensuado, como de cara a quienes, en la República Democrática, habían de tener siempre la imagen de una Alemania próspera y cohesionada. Por ello, la crisis experimentada por

(6) T. BURNS MARAÑÓN (2007): 101-116; acerca de los problemas del sistema electoral británico, que favorecieron el poder absoluto del Partido Conservador en la década de los ochenta, B. DENVER (2003). Las circunstancias muy favorables del triunfo de Thatcher y las condiciones de una confrontación abierta que creó un paisaje social inédito en Gran Bretaña, en E. EVANS (1997). La capacidad inicial de crear un nuevo consenso popular y los crecientes problemas en el seno de su propio partido, en especial a fines de la década con los temas europeos, los referentes a los impuestos municipales y el trato dado a los sectores críticos de su partido, en D. CHILDS (2001): 209-270 y A. CLARK (1998): 453-510. La descripción del «milagro económico» de Thatcher en I. GILMOUR (1997): 321-348.

el país a partir de la segunda mitad de los ochenta fue tratada de un modo muy distinto a la forma en que se había asumido el desafío sindical en Gran Bretaña, algo que permitió ir planteando la necesidad de un pacto social para salvar los derechos sociales de la posguerra que habría de encontrar su territorio más propicio en la unificación. La CDU no sólo dependía de un modelo de concertación en lo que hacía referencia al SPD, sino en lo que se plasmaba en las exigencias de *su propia clientela*, como campesinos o mineros del carbón ávidos de subvenciones (7). De esta forma, cuando llegó la crisis política de fines de 1989 y la que trajo consigo la unificación, ésta ofreció la necesidad de cerrar filas, permitió ofrecer mayores argumentos para los sacrificios e impidió el surgimiento de opciones radicales en cualquiera de los dos flancos del sistema, a excepción de un Partido del Socialismo Democrático que se mantuvo como un partido de defensa regional de la antigua RDA, mientras la extrema derecha sólo era capaz de episódicos avances locales, en especial en los antiguos *Länder* de la Alemania socialista. En realidad, había otro factor que tenía que ver con la forma de asimilar este proceso de modernización en Alemania. Se trataba del recuerdo de la crisis de Weimar y el nazismo, que continuaba actuando como una válvula de seguridad, y la predisposición de los partidos a evitar la fractura de un consenso que hiciera posible algo parecido, lo que se encuentra en el fondo del gobierno de coalición formado tras las elecciones del 2006 (8).

III

Muy distinta había de ser la trayectoria de la derecha francesa, organizada fundamentalmente en torno al movimiento gaullista, cuyo origen y refundación flanquearon los inicios y derrumbamiento de la IV República, dándole un carácter genético fundamental: la crítica al sistema de partidos como una intolerable limitación del poder ejecutivo y, al tiempo, como un elemento que interceptaba la relación entre el pueblo y el máximo poder representativo. A ello se sumaba la veneración por la genealogía de la República y una política social realizada por convicción, como alternativa de la unidad del *menu peuple* frente a la lucha de clases propiciada por el poderoso Partido Comunista, así como una clara defensa de la soberanía nacional como base elemental del progreso social,

(7) PULZER (1995): 147.

(8) Acerca del modelo de consenso alemán, puede verse PULZER (1995): 51-154; una reflexión sobre la posibilidad del fin del consenso tras la unificación, en PARKES (1997): 93-116 o S. PADGETT, W. PATERSON y G. SMITH, eds. (2003); pp.121-160. El debate sobre la «historización» del nazismo y el encuentro con una nueva identidad alemana puede seguirse en R. EVANS (1989), C. MAIER (1988) y J. HERF (1997), en especial en lo que hace referencia a la imagen de «lo alemán» a construir o reconstruir. En el sentido al que me refería, al hablar del temor a que los «perdedores de la modernización» se agrupen en una nostalgia del Tercer Reich, es imprescindible el trabajo de E. KOLINSKY (1992), así como la referencia a la relación entre el nuevo marco cultural posmodernista y la aparición de los nuevos flancos políticos, en el libro de H.G. BETZ (1991): 42-132.

de la identidad política republicana y de la desconfianza frente a la tarea divisionista de los partidos (9). Sin embargo, las condiciones de una hegemonía que permita hablar de régimen/movimiento eran sólo una apariencia o, cuando menos, estaban más pensadas para los años de expansión de la época De Gaulle que para los tiempos en las que habían de caracterizar a sus sucesores. Jacques Chirac había de iniciar su ascenso a la jefatura del movimiento apartando a la vieja guardia fundadora y ofreciendo el apoyo como candidato de la derecha a Giscard en detrimento del mítico Chaban-Delmas. Sin embargo, Giscard d'Estaing mostraría su voluntad de crear un espacio diferenciado del resto de la derecha mediante un libro-manifiesto que se convertiría en el nombre de la coalición política puesta bajo su mando poco después de ser elegido presidente (10), y en que trataría de dar solidez ideológica a sus seguidores, mientras iba proporcionándoles el apoyo logístico fundamental del poder simbólico del Elíseo. Este factor ya debía haber inquietado a los partidarios de la apuesta de modernización que suponía esa coalición entre elementos desiguales otorgando un potencial en la liturgia de las instituciones de la V República tan considerable al socio menor. Pero existían otros factores. El «*oui mais...*» con que Giscard había contribuido a la caída del General prefería olvidarse en aras de esta renovación, en la que la escasez de un recurso de masas era compensado sobradamente por la capacidad dialéctica, el dinamismo y la capacidad de llegar a sectores sociales creados por el propio crecimiento generado en los años sesenta, profesionales urbanos de clase media alta que se distinguían de la pequeña Francia votante del gaullismo. La búsqueda de una élite que pudiera ser digerida por el extenso sistema intestinal del gaullismo parecía impedir la pérdida de la hegemonía. El apoyo de Chirac, cuando Francia aún no percibía los riesgos de la recesión económica, iba destinado a asegurar una progresiva fusión de toda la derecha que la perpetuara en las dos instituciones fundamentales de la V República, la que habita el Elíseo y la que se instala en el Palacio de Matignon. De esta forma, se pudo convencer a quienes pensaban, como Pompidou, que se trataba de *unir para controlar y para evitar la alternancia*.

En lo que había de afectar a la evolución de la derecha a lo largo de los siguientes tres lustros, la decisión se mostró catastrófica para *todas* las previsiones del entorno de Chirac. De entrada, hubo de abandonar el puesto de primer ministro, vejado por las intromisiones de Giscard en las tareas del gobierno. Con la decisión de apoyar a Giscard en 1974 —que había implicado la irreversible visibilidad del gaullismo como *parte de la mayoría presidencial*—, el RPR había pasado a modificar el panorama electoral francés. La UDF obtuvo, ya en la primera vuelta de las elecciones legislativas de 1978, un resultado próximo al del movimiento gaullista. En las europeas de 1979, en las que Simon Veil encabezó la lista de la UDF, el desastre fue pavoroso, tras el «manifiesto de

(9) J.M. DONEGANI y M. SADOUN (1998): 31-176.

(10) V. GISCARD D'ESTAIGN (1976).

Cochin», en el que Chirac realizó una estentórea soflama nacionalista. Los centristas llegaron al 28% de los votos mientras que el RPR, con un escuálido 16%, quedaba cuatro puntos por debajo del Partido Comunista. La posibilidad de que la derecha se reorganizara en torno a los liberales aún se manifestó en más episodios, algunos de ellos de gran carga paradójica: en 1981, Chirac se limitó a dar a Giscard, candidato de la derecha en la segunda vuelta de las presidenciales, un apoyo disciplinario, pero no cómplice, lo que favoreció la victoria de Mitterrand.

La mayor paradoja asomará, sin embargo, en un punto menos esperado: el surgimiento y permanencia del Frente Nacional, fundado por los restos de diversos grupos neofascistas en 1972 y que había sobrevivido grupuscularmente. La ocasión propicia son las «elecciones secundarias» y el vacío nacional-populista. En principio, podía tomarse como una advertencia. Pero acabará convirtiéndose en una parte del escenario francés, que obliga a la derecha, y en especial a la derecha de matriz gaullista, a tomar una decisión y a perfilar su discurso. En las municipales de 1983, las europeas de 1984, las legislativas de 1986 y, finalmente, las presidenciales de 1988, Le Pen solidifica su imagen y extiende un discurso acompañado de intenso trabajo social en las zonas que sufren la desindustrialización y la degradación urbana. Va modificándolos a favor de sectores marginales y abandonando las pretensiones de una Gran Derecha, para resignarse al espacio del antisistema (11). La respuesta de Le Pen no se hará esperar. En 1988, se encuentra en condiciones de frustrar las expectativas presidenciales de Chirac negándole su apoyo en la segunda vuelta, además de mantener a sus candidatos en la segunda vuelta de las legislativas convocadas inmediatamente, lo que lleva de nuevo a la izquierda al poder. Al acabar la década de los 80, la derecha francesa ha logrado que el gaullismo pierda su perfil y que sectores que buscan un discurso de matriz nacional-populista lo busquen en otro lado, mientras las relaciones entre el RPR y la UDF se mantienen en los términos de un matrimonio de conveniencia electoral adaptado a las necesidades del sistema de votación.

IV

En España, el partido que acabará siendo el grupo hegemónico de la derecha no podrá hacerlo más que recurriendo a un proceso explícito de refundación. En sus orígenes, y por lo menos hasta el III Congreso de 1979, Alianza Popular ha contenido una dirección que, en una parte considerable, no ha aceptado el texto

(11) La evolución del Frente Nacional y este cambio de electorado se ha destacado por uno de sus primeros y más solventes estudiosos, P. PÉRRINEAU (1997). Véanse, también, F. GALLEGO (2002 y 2004); N. MAYER (1999); Y. CAMUS (1997): 47-74; G. BIRENBAUM (1992): 53-42; E. LECOEUR (2003): 49-65.

constitucional de 1978, ni siquiera con determinadas objeciones a algún punto conflictivo. Manuel Fraga, dirigente indiscutido del partido, busca la base conservadora en que apoyarse donde siempre lo ha hecho: *convocando al franquismo sociológico* y dando la seguridad de que el propio régimen era capaz y responsable de haber impulsado las condiciones de su propia evolución política hacia la democracia. Esta característica de «hombre del régimen» será defendida por motivos de convicción, de trayectoria personal y de oportunidad política (12). Tras un proceso de depuración interna y de diferenciación de las opciones de extrema derecha, el partido sólo podrá presentarse a las elecciones en forma de coalición, tanto en 1979 como en 1982, cuando podemos considerar que el proceso de normalización democrática del país se ha consolidado (13). Sin embargo, se dieron varias circunstancias que pudieron alterar el optimismo excesivo con el que los aliancistas tomaron los resultados de un crecimiento abrumador este último año. José R. Montero realizó un lúcido diagnóstico acerca de la precariedad de la victoria, que denominó el «sub-triunfo de la derecha» (14), refiriéndose pormenorizadamente a aspectos como el permanente carácter de coalición inestable que se había adoptado por Alianza Popular en sus participaciones electorales, que llevaban a sus socios a querer destacar su especificidad. A ello se sumaba la imposibilidad de la construcción de una pretendida «mayoría natural» liberal-conservadora, democristiana y con una valoración no conflictiva con el franquismo antes de 1975. Fraga hubo de competir con opciones centristas como el efímero éxito del Centro Democrático y Social, que superó el millón de votos en 1986, o la experiencia frustrada del Partido Reformista Democrático, que se compensó sobradamente por el crecimiento de *Convergència i Unió*. Este último aspecto —la existencia de una derecha nacionalista— suponía un obstáculo añadido para las posibilidades de una alternativa conjunta, considerando la posición de reformismo constitucional mantenido hasta el VI Congreso del partido por Alianza Popular en lo que hacía referencia al Título VIII de la Constitución. Ciertamente, AP podía presentarse como aglutinadora de otro tipo de regionalismo, como lo demostró presentándose en las elecciones de 1982 en compañía de fuerzas conservadoras locales como el Partido Aragonés Regionalista, Unión del Pueblo Navarro o la Unión Valenciana. Algo que estaba muy lejos de la concepción de soberanía manifestada por quienes ni siquiera aceptaban el término «regionalista». Esta incapacidad, unida a la crisis de la izquierda, que no restaba votos al socialismo, supuso la existencia de Alianza Popular como un partido testimonial a lo largo de toda la década, vien-

(12) Las posiciones de Manuel Fraga en aquel momento pueden verse de forma diáfana en sus propias memorias, M. FRAGA (1980) y en los textos-manifiesto que publicará en aquellos momentos: M. FRAGA (1976); M. FRAGA (1977).

(13) Acerca de la crisis interna y el proceso de depuración, puede verse M. PENELLA (2005): 343-380; los argumentos del propio dirigente máximo de la coalición, M. FRAGA (1979): 19-33 y 194-200.

(14) J.R. MONTERO (1986).

do sus resultados doblados por el PSOE, lo que le presentaba como una fuerza marginal, una falsa alternativa que podía permitirse actitudes de confrontación extrema. La bipolarización de la política española se dio en las condiciones de una mutua acusación falsificada, ya fuera la que se dirigía al carácter «neofranquista» del conjunto del espacio representado por la oposición conservadora, ya fuera la catastrofista de la gestión del PSOE, considerada ajena a la propia tradición socialdemócrata de Europa occidental (15). Las posibilidades de un cambio de escenario tan poco confortable sólo podían proceder del propio desgaste del PSOE, así como de un relevo generacional que implicaba algo más que el simple rejuvenecimiento de la persona que encarnaba la propuesta de la derecha española liberal-conservadora. Lo que se quería era acabar con una dialéctica de «disuasión mutua» de ruptura del consenso democrático, en la que a los aliancistas les correspondía el papel testimonial, para desbrozar el camino a lo que Aznar llamaría con acierto, más al referirse a su propio partido que a lo que se producía en el conjunto del país, «la segunda transición». Una opción que se preparó desde el mismo fracaso electoral de 1986 y que habría de desplazarse a la espera del fracaso del populismo de Hernández Mancha y la llegada del liberalismo conservador al liderazgo del partido.

V

En 1984 se produjo la última confrontación importante entre los dos partidos fundacionales de la Primera República italiana: las elecciones europeas otorgaron el ansiado *sorpasso* al Partido Comunista, como resultado del impacto emotivo de la muerte de su prestigioso líder, Enrico Berlinguer, en plena campaña. Poco antes, Bettino Craxi había sido puesto al frente del gobierno. La demostración de este carácter provisional del episodio —un recambio *dentro* de los parámetros de la Primera República— había de observarse en la pérdida acelerada de sufragios de comunistas y democristianos, que no pudieron ser captados por el intento de Craxi de constituir una nueva vía de supervivencia del régimen, que implicara la progresiva equiparación entre un socialismo actualizado a las condiciones del nuevo ciclo político, plenamente seguro de su autonomía política, y un espacio democristiano que iba flaqueando, a medida que se descomponían las bases económicas y sociales que habían permitido la fusión clientelar entre la «constelación DCI» —que incorporaba a los pequeños partidos laicos como expresiones de fragmentos sociales precisos—, y una Italia que había aceptado el régimen clientelar en las condiciones de expansión, pero parecía menos dispuesta a hacerlo en las de recesión (16). El esfuerzo para

(15) C. POWELL (2001): 416. Los textos de M. Fraga muestran, en sus propios títulos, hasta dónde podía llegar una presentación del gobierno nacional como contrario a sus propias pretensiones socialdemócratas. M. FRAGA (1985, 1986 a y 1986 b).

(16) P. GINSBORG (2001): 1-136; P. ALLUM (2000): 16-41; V. ZAMAGNI (2000): 50-53.

desbloquear la situación por parte del dirigente socialista y de sus compañeros de viaje en esta tarea, Andreotti y Forlani —lo que se denominó el CAF— había de estrellarse contra una evidencia: en el propio diseño del sistema se había forjado la imposibilidad de una alternancia en el gobierno, haciendo verídica la frase de Moro de que la Democracia Cristiana era su propia alternativa, por medio de un simple cambio de alianzas con sus socios laicos. En el cruce de las décadas de los ochenta y los noventa, el cambio de las circunstancias internacionales y el agotamiento de las propias fuerzas endógenas dieron lugar a cambios sustanciales en los dos espacios ajenos a la zona de gobierno. El PCI pasó por la experiencia traumática de una revisión forzada por un imparable declive al que se sumó la crisis terminal del campo socialista en Europa. Todo ello había de llevar a un debate interno en que Acchille Occhetto no pudo mantener la unidad en la pluralidad que había distinguido al PCI entre todos los partidos comunistas en los años de Berlinguer. Su oferta de modificación del carácter del partido, para crear una gran opción reformista que cubriera el espacio vacante de la socialdemocracia y la crisis de las posiciones progresistas existentes en la DC y algunos partidos laicos, provocó la ruptura entre los partidarios de la continuidad, que crearon el Partido de la Refundación Comunista, y una mayoría que dio paso al Partido Democrático de la Izquierda (17). Por su lado, la retirada y muerte del histórico dirigente del MSI Giorgio Almirante provocaría el revulsivo necesario de cambio generacional para superar el estancamiento estratégico sufrido desde comienzos de los años setenta cuando, no sin resistencias, Gianfranco Fini logró ponerse a la cabeza del viejo grupo neofascista (18).

VI

En los casi quince años que separan el segundo triunfo de Mitterrand en las elecciones de 1988 de las del año 2002, la sociedad y las instituciones no dejaron de emitir señales de alarma que, por razones explicables, no fueron advertidas. Se trató de un proceso de constantes compensaciones públicas que fueron evitando que los sucesivos y cada vez más graves desastres de las elites políticas pudieran convertirse en una revisión radical del sistema y de los principales partidos que lo sustentaban. El resultado fue el crecimiento exponencial de los índices de abstención, que llegó a su clímax en la primera vuelta de las elecciones presidenciales del 2002, así como el incremento del voto contra el sistema, agrupándose a ambos flancos de la nave de la gobernabilidad. En la izquierda, podemos considerar una secuencia de estas brechas y amortiguadores que se inicia con el sabor amargo dejado por la gestión socialista y el enfrentamiento

(17) P. IGNAZI (1992).

(18) P. IGNAZI (1998): 411-436; M. TARCHI (1995): 200-219; M. TARCHI (1997): 95-120; F. GALLEGO (2007): 324-330.

entre modelos distintos de partido. Un factor que hallará en el Congreso de Rennes de 1990 su espacio de confrontación más elevado, y que llevará al sacrificio ritual de Rocard, el único que podía ser entonces la alternativa natural a Mitterrand, que ya había recibido el regalo envenenado de hacerse cargo de la crisis como primer ministro en 1988. La crisis, que acabaría precipitando la caída de Rocard y el insólito ascenso de Edith Crésnon a la presidencia del Consejo de Ministros —una medida disparatada que el propio Mitterrand habría de rectificar poco más de un año después a favor de Béregovoy—, acabó llevando al desastre electoral de 1993. No se había visto nada parecido sin un cambio de sistema electoral: el PS pasaba a disponer de un 10% de los escaños, convirtiéndose en una fuerza al borde de la extinción, sólo salvada por la autoridad del presidente moribundo, que no agotaría su mandato hasta 1995. El bálsamo destinado a evitar el debate a fondo llegaría muy poco después, al asistir al intenso debate de una derecha desconcertada, dividida entre seguidores de Chirac y Balladur, y especialmente con el inesperado triunfo de Lionel Jospin en las legislativas de 1995, lo que permitía cancelar el debate durante cinco años y dedicarse a la experiencia de la «izquierda plural».

La crisis de la derecha era, como en la izquierda, orgánica, afectando a la relación entre la elite y el pueblo, a la identidad del gaullismo y del ajuste entre liberalismo y cultura republicana, así como a la relación entre las dos facciones básicas de la coalición de gobierno (19). Ante la Asamblea Nacional, en la noche del 5 al 6 de agosto de 1992, las palabras de P. Séguin contra el acuerdo de Maastricht establecían una hábil defensa de la «excepción francesa», vinculando la soberanía a la democracia, al respeto a la voluntad del pueblo, a la existencia de una cultura nacional-republicana vinculada a la ciudadanía de Valmy y objetora de toda forma de organización supranacional que bloqueara la autoridad del Estado como instrumento de la nación y del pueblo franceses (20). Pero la voz de Séguin pronto fue cancelada por la abrumadora victoria legislativa de 1993, a la que había de seguir la de las presidenciales de 1995. El grado de crisis interna que vivía la derecha puede delatarse en las dos candidaturas gaullistas que se presentaron, la del primer ministro Balladur y la de Chirac, en la que éste sólo consiguió una ligera ventaja de 700.000. Por otro lado, el Frente Nacional había logrado situarse en la cota del 15% de los votos en la primera vuelta, convirtiéndose en un sujeto difícilmente prescindible, que hurgaba en las preocupaciones de la derecha gaullista que no dejarían ya de expresarse desde ese momento (21). La derecha debía reflexionar sobre una victoria amar-

(19) Acerca de la especificidad del capitalismo francés y su incapacidad para enfrentarse a las exigencias de la modernización, véase N. BAVEREZ (1998).

(20) P. SÉGUIN (1992).

(21) Las condiciones en las que se produjeron las elecciones dieron lugar a una abundancia considerable de trabajos de periodismo de investigación, aunque también de los minuciosos estudios de sociología electoral elaborados por la Fundación Nacional de Ciencias Políticas y que, en esta ocasión, llevaron el significativo título del «voto de crisis». Son significativos, a este

ga. No lo hizo. Chirac no actuó, no rectificó sobre las condiciones de un país en el que muy pronto las elecciones legislativas iban a arrebatarse la posibilidad del ejercicio del gobierno cotidiano para otorgárselo a la vilipendiada izquierda. Por motivos diversos, ésta no se hallaba en condiciones de corregir el rumbo de una reforma indispensable, que hiciera frente a lo que podía convertirse en la insurrección de una Francia que iba perdiendo la batalla contra el desempleo, por la competitividad, por el prestigio educativo, por la confianza del pueblo en la República y sus instituciones (22). Las condiciones no sólo no se modificaron. La derecha estalló de forma perceptible en los últimos compases del siglo: a veces, incluso de manera escandalosa. La escisión del Frente Nacional entre partidarios de un acuerdo de la Gran Derecha como Mégret y seguidores de un Le Pen antisistema pareció dejar indiferentes a los gaullistas (23), una actitud que proclamaba su autismo con respecto a lo que Francia estaba expresando en la última década: la pérdida de fe en sus instituciones, lo cual no puede significar más que la pérdida de confianza en el gaullismo que las desea encarnar. En las elecciones europeas de 1999, uno de los dirigentes más respetados del partido, Charles Pasqua, anunció su marcha para fundirse en un abrazo político en el Movimiento por Francia de Philippe de Villiers. Como no puede dejar de hacer un político francés, explicará sus motivos en un libro que titulará, significativamente, *Tous pour la France*, reiterando lo que había expresado junto a Séguin a comienzos de la década, *Què demande le peuple*. Esta vez, será Sarkozy, puesto repentinamente al frente del partido —tras la dimisión de Séguin— y candidato número uno en la lista europea, el que es cogido por sorpresa y el que habrá de beber el cáliz de una derrota apabullante: sólo araña la simpatía de un 12% del electorado, frente al 13% que puede exhibir la reciente coalición de Villiers y Pasqua. El joven Sarkozy decide que ha llegado la hora de la verdad o, por lo menos, la hora de *empezar a contarla*. Reuniendo a los cuadros del partido, les echa en cara lo evidente: el gaullismo está en una crisis de identidad porque si cualquier cosa puede adquirir ese nombre sin problemas, es que ha perdido su significado. Tras toda denuncia existe, más o menos ex-

respecto, E. BALLADUR (1995): 224-254; P. JARREAU (1995); P. BOUÉ-MERRAC (1995): 151-165; R. BACQUÉ y D. SAVEROT (1995); F. HAEGEL (1995); H. PORTELLI (1995); J. JAFFRÉ (1995).

(22) T.S. SMITH realiza un análisis de la «excepción francesa» realizando una crítica acerba de diversos lugares comunes que permiten presentar como movimientos solidarios lo que, en opinión del autor, son la defensa de las posiciones de los asalariados con empleo fijo y mejor retribuido. Uno de los ejemplos más claros a los que se refiere es el movimiento de huelgas de diciembre de 1995 contra las medidas de contención fiscal de Juppé. T.S. SMITH (2004): 37-41 y 212-223. N. BAVEREZ (2003) traza un diagnóstico atroz de la gestión realizada por Chirac durante su primer mandato, haciéndole responsable de haber condenado al país a no salir de las condiciones de crisis de los años setenta, reencontrándose en el 2002 con las condiciones de un verdadero bloqueo: crecimiento cero, caída del empleo, paro por encima del 10% de la población activa, caída en la inversión productiva del 13%, déficit del 4 % del PIB y deuda pública del 62% del PIB.

(23) Sobre la escisión, E. LECOEUR (2003): 103-138.

puesta, una fórmula de regeneración que, en política, implica el relevo. Habrá de esperar a la crisis final, al estropicio pintoresco de las elecciones de 2002, cuando el 40% de los franceses se abstiene y Le Pen pasa a una segunda vuelta, no dejando a los franceses más opción que elegir entre el gaullismo y la extrema derecha. Aun así, Le Pen obtendrá un 18% del electorado, mientras Chirac tiene que apoyarse en su falso 82% apareciendo como el elegido por «todos los demócratas» y, por tanto, perdiendo su carácter de ser la cabeza visible de una opción en una cultura republicana plural (24).

VII

La Italia de comienzos de la década de los 90 se enfrenta de forma muy distinta a una quiebra de régimen. Éste no puede sostenerse porque no existen las «cámaras de descompresión» políticas y psicológicas que permiten la continuidad de los equipos dirigentes en Francia y mantienen en pie las instituciones. En Italia ni siquiera se produce uno de estos factores de compensación, que es la regularidad de la alternancia, que Francia vive en estos años de crisis con normalidad. El bloqueo de la misma ha sido asegurado por la Democracia Cristiana. Los desafíos que debe afrontar el país a partir de la crisis de 1992/1993 afectan a la legitimidad del régimen en su conjunto, al concepto mismo de la política, de la ciudadanía. La intervención del aparato judicial abre el desprestigio de las instituciones que han pasado de un clientelismo tolerado en los años en que una parte importante de la población aceptaba determinados espacios de reciprocidad en este mecanismo, a la delincuencia en una fase de crisis económica y pérdida de derechos sociales que la mayoría de la población considera insoportable. En los sondeos realizados en aquellos momentos, los italianos indican de forma abrumadora que su preocupación por el desempleo es mayor que la que les provoca el conjunto de irregularidades de la elite política. Sin embargo, estos sondeos deben confrontarse con la propia actitud que la población adoptará de forma inmediata en los procesos electorales. Para sorpresa del PDS, hay una base social que ha optado por los partidos conservadores, y a la que la quiebra del sistema institucional no la aparta de su cultura, incluso en la relación entre gobierno y pueblo que la derecha habrá de modificar con una capacidad de escenificar el cambio en *las formas* —es decir, la visibilidad, la comunicación— que se une a la propuesta de alterar el régimen (25). El mérito de Berlusconi y de su movimiento político *Forza Italia* en este proceso de dar a la derecha la posibilidad de *permanecer*, como gobierno o alternativa, es indudable. Por dos motivos: haber intuido la urgencia de una plataforma común

(24) Las vicisitudes de la derrota de 1999 son explicadas por Sarkozy en *Libre* (2001), publicado no por casualidad en vísperas de esta catástrofe nacional.

(25) N. ROSSI (2002).

que cancelara los vetos de la Primera República, en primer lugar. Además, por la capacidad de crear un movimiento político imaginativo, atento a la necesidad de consolidar valores difusos en la sociedad italiana y de saber convertirlos en bases de un proyecto político nacional. Para ello, Berlusconi contaba desde el comienzo con una experiencia empresarial cuyos asesores, especialistas en análisis de mercado, habrán de poder trasladar a la creación y, sobre todo, consolidación de un partido capaz de comunicarse con el pueblo italiano, hasta convertirse en una *expresión orgánica* de un sector del mismo (26). El proceso puede resultar conocido en sus inicios, pero lo es mucho menos en su desarrollo y en su sorprendente —básicamente, para los adversarios de la coalición de derecha— *continuidad* frente a la que, conviene no olvidarlo, el conjunto de los partidos políticos italianos hubo de crear un frente común tras cinco años de mandato berlusconiano, que estuvo a punto de renovarse en las elecciones de 2006 (27).

Cuando se producen las elecciones municipales de 2003, que permiten al PDS hacerse con una parte notable de las grandes ciudades ante la desunión o la evaporación de la derecha, Silvio Berlusconi pone en marcha, de acuerdo con el texto redactado por Giorgio Urbani a comienzos del otoño, *Alla ricerca del Buongoverno. Appello per la costruzione di un'Italia vincente*, los Clubs de *Forza Italia*, un proyecto estudiado de forma lenta y minuciosa por el equipo empresarial de asesores del magnate. El documento, firmado colectivamente, se refiere a la necesidad de evitar el triunfo de una izquierda colectivista cuya experiencia histórica ha fracasado manifiestamente, pero plantea aprovechar tal posibilidad para deshacer también los rituales intervencionistas de la etapa de la Primera República, con una sociedad asfixiada por la presencia omnimoda del Estado, un presupuesto entregado a la presión de los intereses corporativos sindicales y una economía poco competitiva, planteando la necesidad de extender en el país una nueva cultura empresarial que encajara en todos los aspectos del Estado, cancelando la oposición entre la lógica del interés privado y la del interés público (28). Ante la pasividad de los viejos cuadros políticos —excepción hecha del MSI y la Lega del Nord, a los que pronto haremos referencia—, Berlusconi decidió construir una oferta de movimiento político que contuviera una serie de valores que se consideraban existentes ya en la sociedad, y que sólo debían potenciarse. Los Clubs se extendieron por todo el país desde noviembre de 1993, en busca de una ruptura que asegurara la pervivencia y el refuerzo de

(26) Sobre *Forza Italia*, véase P. GINSBORG (2004), I. ARIENMA y S. MENICHINI (2002), E. POLI (2001), C. PAOLUCCI (2007), además de las razones del movimiento expuestas por uno de sus más lúcidos dirigentes, S. BONDI (2004), así como las recopilaciones de los discursos del propio BERLUSCONI (2000, 2006).

(27) Textos útiles para la comprensión general del fenómeno, además del de P. GINSBORG (2001), son los de V. BUFACCHI y S. BURGESS (2002); S. GUNDLE y S. PARKER (1996); G. PASQUINO (2002).

(28) E. POLI (2001): 43-45.

una forma de vida popular usurpada por la «partitocracia». Este poder había de sustituirse por una nueva forma de representación en la que, junto a reformas de procedimiento electoral, se encuentra el peso determinante de un liderazgo. Lo que se presenta por Berlusconi no es el liberalismo, de tan escasa tradición en el país, sino una alteración ideológica, que pretende establecer como normalidad de los principios de un gobierno al servicio del pueblo los elementos ya presentes en las experiencias *concretas* de una base social a constituir y consolidar. Es imposible comprender ese movimiento y su innegable capacidad de captación de votos mediante la no poco habitual alusión a la vacuidad de principios, a una *ingravedez cultural* limitada a los gestos televisados. Por el contrario, sus opciones se han mantenido, en gran parte, gracias a haber sabido introducirse en espacios reducidos de sociabilidad, recogiendo hábitos y aspiraciones como el consumismo, la libertad de elección, el culto a la meritocracia, el recelo ante una burocracia parasitaria, la participación en el esfuerzo del desarrollo nacional a través de un marco abierto de competencia y de desigualdad como resultado de esfuerzos y capacidades diversas. Tal serie de intuiciones se reformulan políticamente en forma de programas mediante un sistemático bombardeo publicitario destinado a dignificarlas, a dar la razón a ese «sentido común del pueblo honesto y trabajador». Todas ellas, actitudes encarnadas en un liderazgo fuerte, dominador de los recursos de la imagen, frente a adversarios que carecen de tales virtudes comunicativas, que no poseen los instrumentos para hacerlo o que, sencillamente, rechazan lo que consideran una forma de devaluación política del país. El problema se encuentra, por tanto, en la capacidad de la derecha italiana de ofrecer un producto que tiene que ver con las expectativas del mercado, en su capacidad para orientar las intuiciones y convertirlas en valores definidores de un modelo de sociedad, incluso de civilización (29).

Berlusconi apareció, curiosamente, como un *freno al cambio* a través de la única forma de plantearlo: como *otro modelo de cambio*, que realmente fuera capaz de reunir a una mayoría de italianos que habían estado dando apoyo a una derecha dispersa en los años anteriores. El *miedo al triunfo* de una izquierda con la hegemonía del PDS se vinculó al mantenimiento de *Forza Italia* como un *movimiento de opinión* que, después de un largo silencio, era capaz de devolver la primacía de la gestión pública a la sociedad civil. El mismo lenguaje utilizado en la política de alianzas, el «Polo del Buen Gobierno» y el «Polo de la Libertad» señalaban las dos muletas ideológicas sobre las que iba a desarrollarse la campaña y sobre las que habría de consolidarse la coalición más duradera, la que reuniría a Berlusconi y a Fini. El Buen Gobierno como alternativa a la burocracia, como un paternalismo tutelar distinto al intervencionismo administrativo; la libertad como ejercicio de la responsabilidad, como modelo empresarial, como marco competitivo, como lugar de ejercicio del «buen sentido común» de las personas, como defensa de sus valores tradicionales, como espacio de progreso

(29) V. BUFACCHI y S. BURGESS (2002): 173-194.

para la promoción individual y el engrandecimiento de la patria. Como lo ha indicado Tarchi (30), se trataba de una insurrección de la sociedad civil, propiciada por el no-lugar de la ciudadanía que se ha ido percibiendo desde mediados de la década anterior. Obviamente, los mecanismos de poder en *Forza Italia* nada tenían que envidiar a los partidos desaparecidos de la etapa anterior, pero éstos sí podían lamentar no haber sabido comunicar lo contrario como supo hacerlo el grupo de Berlusconi. La habilidad del líder de la derecha en 1994 no consistió sólo en reunir el miedo, sino las diversas facetas en que los conservadores italianos la expresaban: es decir, pasando a la integración en su proyecto de culturas sociales y regionales distintas que pudieran constituir la nueva fase de la derecha, una vez se habían evaporado sus elementos de representación.

Ninguno de los aliados de Berlusconi podía llegar a constituir ni siquiera una coalición. Aunque Bossi moderó sus actitudes en 1994, difícilmente podía entenderse con una fuerza nacionalista que tenía su granero electoral precisamente al Sur de Roma. Las posiciones de Fini —que, a fin de cuentas, es el que ha mantenido una vinculación constante con Berlusconi— permitían complementar lo que el magnate industrial representaba. No sólo por la existencia de una tradición que se podía actualizar cuidadosamente, sino por las vías de matización del liberalismo radical berlusconiano, mezclado con un despiadado control de los medios de comunicación. Alianza Nacional, tanto en su congreso fundacional como coalición en 1994, pero en especial cuando se convirtió en partido superador del MSI y cuando realizó sus convenciones programáticas de Verona en 1998, de Nápoles en 2001 y de Bolonia en el 2002, fue presentando una topografía ideológica cada vez más madura y más distante de cualquier fácil identificación con el viejo grupo neofascista. Además de una defensa del sistema democrático sin ningún tipo de reticencias, lo peculiar del partido pasó a ser, en lo que a la matización del discurso de Berlusconi se refiere, el hincapié en la defensa de la *nación como espacio social básico*, no cómo región constitucional, sino como comunidad solidaria, orgánica, jerarquizada en función del mérito pero impelida a la solidaridad de sus elementos naturales esenciales, especialmente la familia. Por ello, Fini prefería hablar de una «comunidad de bienestar» que de un «Estado del bienestar», tras señalar que no podía confundirse el Estado con un recinto de confrontación de intereses fragmentarios, sino con la representación del conjunto de la nación, con sus propios valores éticos (31). Alianza Nacional pasaba a representar una renovación que reivindicaba el principio de comunidad y de autoridad, de patriotismo y de liberalismo, de derecha social y de un Estado distinto al intervencionismo, de defensa de los pequeños y medianos productores y de exigencia de tutela del Sur siempre perjudicado por el modelo de crecimiento italiano (32). En el centro, como gran

(30) M. TARCHI (2003):159-178.

(31) G. FINI (1999), 13-14.

(32) M. TARCHI (2003).

maestro de ceremonias en proceso de constante crecimiento frente a sus socios, *Forza Italia* podía ir convirtiéndose en la oferta de cimentación del conjunto de la derecha, en la garantía de que esas facetas continuarían reunidas, ampliadas a algunos vestigios de la Democracia Cristiana y el viejo Partido Liberal. Todo en torno a un liderazgo incontestable, en el que la función personal del carisma de un empresario salido de la sociedad para lanzarse hacia la política podía ser visto como la entrega a la lógica del mercado de las instituciones, pero también como el ensamblaje de una continuidad entre la eficacia en el mundo *real* y en el de la *representación* (33). Consideremos hasta qué punto anduvieron errados quienes pudieron considerar que la función de Berlusconi era coyuntural frente a un Fini más adiestrado en la política y con un especial capacidad dialéctica ante las cámaras, aunque dentro del debate político *tradicional*. Consideremos, también, que la llamada de Berlusconi a sus socios era la *misma* que había realizado en las elecciones de 1993 la sociedad italiana, al integrar en el esquema político a los posfascistas, hasta el punto de estar a punto de entregar la alcaldía de la capital del país a su máximo dirigente. Lo que se hacía era, por tanto, *comprender* un estado de ánimo público y *modificarlo* en beneficio de *Forza Italia*.

Ciertamente, la primera experiencia de gobierno, tras haber conseguido una sorprendente victoria frente a un adversario dividido (34) será breve, liquidándose en 1994, en buena medida por la movilización de la oposición —que llevará a cabo una de las huelgas generales más importantes experimentadas por el país el 12 de noviembre— y por las propias disputas del gobierno. Sin embargo, *Forza Italia* no tardó en aprender la lección, en especial tras el fracaso en las elecciones de 1996, en especial porque su distancia con el PDS se reducía a un 0,5% de votos en el marco de la derrota de la derecha, y porque Alianza Nacional se mantenía a una tranquilizadora distancia. Lo que hicieron los dos grandes socios de la coalición fue aprovechar aquel exilio para madurar sus posiciones y para fabricar verdaderos partidos, algo que se produjo con especial virulencia en el caso de *Forza Italia*, con la celebración de sus congresos locales y regionales y la culminación en un I Congreso Nacional en 1998, resultado de una prolongada modulación de debates locales, de actividad a pequeña escala, de dinamismo de base, acompañada por la influencia que son capaces de introducir los medios de comunicación controlados por el magnate. La organización

(33) Sobre los socios de *Forza Italia* deben verse, además de los textos ya citados de TARCHI E IGNAZI, R. CHIARINI y M. MARAFATTI (2001); A. CAMPI (2006); F. SERVELLO (2006); C. CHAMPEYRACHE (2002); R. MANNHEIMER (1991); G. TURANI (1996) y A. CARIOTI (1996).

(34) Las dos coaliciones berlusconianas obtuvieron el 42,9% de los votos, frente al 34,4 % de la izquierda y el 15,7 del Partido Popular y otras derivaciones de la antigua Democracia Cristiana. El sistema electoral mayoritario permitió una desviación que dio a la mayoría casi el 60% de los escaños. Alianza Nacional había llegado al 13%, en lo que parecía el inicio de su conversión en partido hegemónico de la derecha, aspecto que no dejaría de frustrarse en los tres siguientes episodios electorales, haciendo de ella un apéndice imprescindible.

alcanzaba, en el año 1999, los 190.000 inscritos, que pasaron a 312.000 en el 2000 (35) Este trabajo capilar, unido al mantenimiento de una aparato de publicidad privilegiado, permitirá el buen resultado de las europeas del año 1999 y, sobre todo, al triunfo espectacular en las legislativas del 2001. Obviamente, la victoria se beneficiaba de las inmensas dificultades que habían tenido los sucesivos gobiernos, en especial el cambio constante de dirección de la coalición de centro-izquierda frente a la solidez del liderazgo de la derecha (36). A ellos podía añadirse la imposibilidad de afrontar determinadas exigencias de déficit público y control del gasto público con la propia base social de la coalición, algo que conduciría a su ruptura. A partir de ese regreso al poder, con un partido en orden, Berlusconi podía encabezar una derecha más coherente, más vinculada a un cambio ya irreversible que había superado la Primera República y que planteaba un proceso constituyente. Como veremos inmediatamente en el caso de Sarkozy, *el estilo es el hombre*, con su capacidad para crear el guión de un espectáculo que se suma al regreso del consumismo como elemento de progreso familiar, al ideal de bienestar obtenido con valores distintos en otras épocas y arrebatado por la devastadora experiencia de las dos últimas décadas del siglo. Esta concepción de fondo que se ha alimentado en la sociedad, que parece precisar de una imagen, del carisma establecido en la cúspide del poder ofreciéndole lo que se le ha quitado: la voracidad consumista o la normalización de las posesiones, pero también la fijación de la *imagen* que una sociedad transmite de sus propios valores *a través* de quien adquiere una especial *autoridad*, como si fuera el reflejo de ella misma. Para quienes pueden sentir el disgusto de ver en todo ello un espectáculo frívolo, se encuentran los otros socios de la coalición, a los que vincula esa conciencia de haber sido ellos los que han impuesto el nuevo régimen. Tras esa llamada a la opulencia, al espíritu libertario de una sociedad abierta, puede encontrarse la exigencia del principio nacional, del vínculo familiar, de los valores culturales transmitidos a través de la educación, que propone Fini. El estrechísimo resultado del año 2006, a costa de dramáticos llamamientos de todos los sectores sociales progresistas, permite comprender una nueva realidad en la que ese liberal-populismo con el tono nacionalista de AN es ya la representación clara de un sector de la sociedad italiana, en tiempos de precariedad, descenso de la clase obrera organizada y quiebra de los antiguos sistemas de socialización.

VIII

La década de los noventa iba a asistir a un sustancial cambio en la posición de la derecha española. Tal cambio ha sido caracterizado, en lo que a la posición

(35) C. PAOLUCCI (2007): 110.

(36) G. PASQUINO (2002): 14-16.

interior se refiere, como el resultado de una sucesión generacional (37). Ya se ha dicho que el propio José María Aznar quiso solemnizar el cambio de personal por un cambio de horizonte histórico, al titular un texto publicado en vísperas de su victoria electoral *España. La segunda transición* (38). El acceso de la derecha española se hizo, por tanto, bajo el signo de una conciencia de cambio de época, que implicaba una aparente paradoja cuyas consecuencias políticas acabarían resultando conflictivas: la asunción del proceso de la transición y, por tanto, del *constitucionalismo como identidad* política del partido, un factor que se trasladó al ámbito de la ideología para convertir la oposición inicial al régimen autonómico en un proyecto nacional-liberal. Este factor había de resultar de especial importancia: en las páginas iniciales de sus memorias de gobierno, Aznar se definía como liberal, más concretamente: «un liberal conservador, pero un liberal» (39). La generación en la que se habían formado quienes le acompañaron en la refundación del partido podía tener algunos puntales democristianos, pero los inicios de la década contemplaron una clara inclinación del PP hacia las posiciones del liberalismo más ortodoxo. En todo caso, el ambiente internacional podía favorecer esta circunstancia, dada la crisis de la izquierda que acompañó al desmoronamiento del campo socialista europeo y que no tardó en afectar a la identidad de la socialdemocracia, poniendo en cuestión cualquier tipo de política intervencionista. No parecía importar que el socialismo español hubiera hecho de la economía de mercado no sólo una práctica, sino una ideología que ya no identificaba a los liberales. Para la derecha española y, en especial, para la frágil experiencia reciente del liberalismo como proyecto ideológico, la ausencia de una tradición verosímil resultaba una evidente incomodidad, que difícilmente podía resolverse mediante alusiones de equivalencia entre los proyectos de Cánovas o de Azaña. En otros países podía existir una debilidad clara de las opciones políticas liberales, pero siempre iban acompañadas de alternativas de tipo comunitario o populista que habían mantenido el pluralismo democrático, como el gaullismo, el Partido Conservador o las experiencias democristianas en Alemania e Italia. Esta carencia hubo de sustituirse mediante la adopción de la herencia constitucional como algo distinto a unas normas generales, convirtiéndose progresivamente, y en especial cuando se produjeron las propuestas reformistas en el segundo mandato de Aznar, en la *identidad* misma del PP. Los problemas políticos que podían derivarse de esta actitud no corresponden a la aceptación de un marco de consenso que se considera fundamental, en el sentido de que pueda definir la nación y el territorio de ciudadanía del que pueden quedar excluidos quienes no aceptan los márgenes de esta norma en los flancos del sistema, sino que pasó a plantearse como espacio de confrontación con los mismos partidos que habían aceptado el consenso constitucional antes de que lo hiciera la propia Alianza Popular.

(37) J. TUSELL (2000): 17-19; C. POWELL (2001): 569-573.

(38) J.M. AZNAR (1994).

(39) J.M. AZNAR (2004), 11.

El Partido Popular había de construir su mayoría como resultado, precisamente, de un incremento de la crispación de la política española, que acompañó la desaparición de las opciones centristas y que fue debilitando al PSOE por dos caminos. Por un lado, con el estallido de escándalos que fueron ampliamente divulgados y que parecieron *caracterizar* a un partido sin ideología, de manera que el pragmatismo de Felipe González y sus equipos acabaron siendo aprovechados para presentar al gobierno como un *régimen* —algo a lo que se había acercado peligrosamente, aturdido por la disposición de mayorías sin alternativa real en el país, lo cual dio impresión de impunidad de gobierno, de un cierto estilo de despotismo ilustrado y creó una zona de sombra en la que la corrupción pasaba a ser una posibilidad más amplia que en circunstancias de mayor control de la sociedad y del riesgo de pérdida de unas elecciones—. De tal manera, la política de alternancia en España pasó a vivirse como una peligrosa secuencia de sistemas más que como un relevo de partidos, como no dejó de observarse en la forma en que se contempló la agonía del llamado «felipismo» y lo que más tarde se impulsaría como insurrección cívica contra el «régimen del PP» (40). El segundo factor de debilitamiento del PSOE fue que, mientras se evaporaba el centrismo y sus votantes pasaban al PP, Izquierda Unida era capaz de ir acumulando una fuerza considerable, que se mantuvo en torno al 10% de los votos hasta el año 1996, restando una base indispensable de poder de convocatoria al socialismo y estableciendo una referencia que, si bien no podía constituirse nunca en alternativa, podía actuar testimonialmente contra determinados aspectos de la política social del partido gobernante, en un desencuentro que no se pudo rectificar hasta las condiciones desesperadas de las elecciones del año 2000.

En este marco de escasa legitimación y de erosión del partido gobernante durante tantos años —un desgaste que era habitual en las democracias más próximas a la española—, el deseo explícito de superar las tasas de consenso del periodo constituyente y la resignación testimonial de las mayorías absolutas del PSOE llevaron a presentar el inminente recambio de gobierno como *mucho más* que una simple alternancia. En las elecciones de 1993, los populares lograron presentarse como un partido capaz de ganar las elecciones. Pero en las europeas de 1994, las municipales de 1995 y las autonómicas del mismo año, ganaron con una sobrada diferencia, lo que quiso presentarse con la impresión del *derribe de un régimen*. Sin embargo, la anunciada catástrofe socialista, considerando los resultados obtenidos en este ciclo, fue mucho menor de la esperada. De hecho, sin el considerable aumento de los votos de Izquierda Unida, es muy posible que el PSOE hubiera vuelto a ganar las elecciones, creando una frustración de difícil alcance entre los populares. La mayoría relativa obtenida por éstos podía saber a poco, aunque el abandono de un poder ejercido durante un

(40) Me he referido a esta lógica al analizar la movilización de los «demócratas» contra los «franquistas» en torno a las elecciones del 14 de marzo de 2004. F. GALLEGO (2004).

periodo tan extenso difícilmente podía ser calificado de «dulce derrota» como lo hizo Felipe González, algo que no tardaría en verse en la crisis interna del PSOE. Es muy probable que la *impresión* publicada del desprestigio del socialismo no tuviera su certificación en la negativa de los ciudadanos a votarlos: se había producido en elecciones secundarias como las europeas o en las que tienen una dinámica muy especial, como las autonómicas o, en particular, las locales. Pero, en el momento de situar a la derecha en la Moncloa, el reflejo de un temor a lo que seguía contemplándose en círculos muy amplios de la sociedad como la herencia directa de la Alianza Popular de la transición política siguió movilizándolo a una parte muy importante del electorado de izquierdas.

Desde luego, podía considerarse que la alternancia, tras más de trece años de gobierno, significaba en sí misma un elemento de regeneración democrática, lo cual no autorizaba a ninguno de los partidos —ni al PP de 1996 ni al PSOE de 2004— el presentarse ante la sociedad como *el partido democrático*, tal y como no dejó de realizarse en ambas ocasiones. Por tanto, hay que considerar la gestión del Partido Popular como una ruptura distinta, en este sentido, a la que se produjo en Italia en el 1994, en Francia en el 2007 o en Alemania en el 2006. La derecha española actuó realizando transformaciones coherentes con su proyecto y el del liberalismo europeo, pero presentándolas en un ceremonial de hostilidad contra sus antecesores innecesario. El balance económico permitió cumplir las exigencias de Maastricht, en especial en lo referente a la deuda y al déficit públicos, aun cuando el costo social, como cabía esperar de la visión de la derecha liberal acerca de los mecanismos de crecimiento a medio plazo, presentaron algunos problemas, como mantener la tasa de desempleo más alta de nuestro entorno o proceder a una reforma fiscal o de reducción de servicios sociales, un factor defendido por los conservadores como la reducción efectiva de los impuestos a las clases más bajas, así como la salvaguardia de las prestaciones sanitarias. Eran, en cualquier caso, medidas que iban en la línea de la restricción del gasto, de las privatizaciones y del aumento de la flexibilidad laboral —respetada en el acuerdo entre sindicatos y patronal en 1997— que ya se habían iniciado en la etapa socialista (41). Los conflictos no vinieron ni pública ni fundamentalmente por este lado, donde existía cierta continuidad aunque los intelectuales orgánicos del partido lo vieran de una manera opuesta (42), ni siquiera por una política exterior de mayor integración en las estructuras militares de la OTAN, después de que el gobierno del PSOE hubiera propiciado la participación en la guerra del Golfo o la intervención humanitaria de tropas españolas en otros conflictos (43). Habían de llegar de la mano de la forma de gestionar las privatizaciones a favor de algunos sectores —e incluso personalidades— afines al gobierno, así

(41) POWELL (2001), pp. 575-578; J.C. JIMÉNEZ (2000).

(42) L. BERNARDO DE QUIRÓS y R. MARTÍNEZ RICO (2005).

(43) HERRERO DE MIÑÓN (2000).

como de encarar el cada vez más importante asunto de los medios de comunicación por cable en favor de ciertos grupos de presión frente a los que se consideraban adversarios (44). O se prepararon en algunos debates acerca de la enseñanza, en especial el célebre decreto de Humanidades que le costó la cartera ministerial a Esperanza Aguirre para preservar el apoyo de CiU. Ni siquiera la cuestión de la lucha contra el terrorismo habría de generar problemas por el acuerdo de los dos grandes partidos nacionales en contra del Pacto de Lizarra/Estella, y por la aprobación a fines del año 2000 del llamado «pacto antiterrorista» realizado por el PP y el PSOE.

Sin embargo, estos mismos problemas que habían sido sólo anunciados de forma tangencial en el primer periodo de gobierno popular habrían de desaparecer a partir de la victoria por mayoría absoluta en las elecciones del año 2000, debida más a los problemas ajenos que a un aumento de la influencia social del partido. Lo que se dio fue el aumento de la abstención, provocado a su vez por las condiciones desastrosas en las que se encontraba el PSOE y el declive imparable de Izquierda Unida, cuya fase dulce había durado menos de una década. El PP podía afrontar una mayoría absoluta que le permitía presentarse al fin con un proyecto sin hipotecas, pero que estuvo muy lejos de considerar el delicado juego de equilibrios en que se fundamentaba la joven democracia española, así como la clara disposición de los vencidos a considerar todas y cada una de las actitudes gubernamentales con la misma fiereza de calificativos de exclusión de los valores democráticos con que el PP se había dirigido a sus antecesores. La apertura dramática de un nuevo ciclo internacional el 11 de septiembre del 2001 fue acompañado por una serie de señales en el entorno que parecían indicar un camino de normalidad a Aznar: el nuevo triunfo de Chirac en las presidenciales francesas, enfrentado nada menos que a Le Pen; la victoria de Bush en las elecciones americanas del año 2000; el permanente giro al atlantismo más ferviente por parte de Tony Blair; la victoria de la Casa de las Libertades en Italia en el 2001; el práctico empate entre democristianos y socialdemócratas en las elecciones alemanas de 2002, a pesar de la presentación de un candidato «duro» por la derecha, el líder de la CSU, Stoiber. Estos elementos empezaron a permitir una actuación de mayoría que no buscaba el consenso, sino que iba a romperlo incluso donde se había alcanzado a regañadientes, como en el caso de Cataluña, donde la sustitución de Pujol por Más implicó una «segunda transición» a la que pronto se sumaría la radicalización del catalanismo con el acceso de Esquerra Republicana al gobierno de la Generalitat. El primer dato fue la ofensiva desatada por Pilar del Castillo con una batería de reformas en el campo educativo, viendo en las resistencias —no sin algunas razones— una rémora de inercias corporativas, aun cuando con ello expresara un determinado concepto del ejercicio del poder, porque la resistencia también procedía de la oposición

(44) J. ESTEFANÍA (2007): 315-335.

parlamentaria (45). En junio de 2002, la huelga general indicó la ruptura del consenso social alcanzado en 1997. La decisión unilateral de entrar en una política de alianza estratégica con las orientaciones de Washington sería aprovechada para iniciar, al estallar la guerra de Iraq sin el apoyo de buena parte de los países europeos —y, en particular, Francia y Alemania— una campaña que convertía al gobierno español en un régimen de excepción, como no dejó de indicarse cuando se produjo el vuelco electoral de marzo de 2004. Las políticas de modernización económica o una determinada visión del pacto social, legítimas en opciones de partidos, fueron sustituidas por una consideración de la defensa en solitario del propio régimen frente a una coalición de fuerzas anticonstitucionales, un factor que quedó reflejado en su reverso en la actitud de los vencedores diversos, que si bien no fue idéntica sí fue equiparable en un elemento: contemplar la derrota del PP —y, en especial de Aznar— como un *regreso a la democracia*, en lugar de considerarlo como un modelo de consolidación de la *alternancia política* en España. Las condiciones dramáticas en que se realizaron las votaciones, con el atentado terrorista del 11-M, ayudaron a cavar una trinchera entre ambos espacios políticos que aún no se ha clausurado y que ha ido refiriéndose a todos los aspectos relevantes de la realidad española.

IX

Otra política de derechas, sin embargo, estaba en condiciones de romper el bloqueo de las instituciones y aparecer con el dinamismo de un verdadero renacimiento. El «fenómeno Sarkozy» se había iniciado con la justificación de las acciones del joven ministro del Interior, cuya energía para enfrentarse a los desórdenes en los suburbios parisinos le ganó la simpatía de las franjas más duras de la sociedad y una imagen implacable en los sectores de izquierda. Sin embargo, esta actitud de defensa de la autoridad irá vinculada a cinco elementos cruciales para comprender el éxito en las elecciones presidenciales del 2007. El primero de ellos es el deseo de restaurar la política como un ejercicio de la voluntad de quien ejerce el poder. Como lo dirá en su libro *Ensemble*, presentado como manifiesto electoral, Sarkozy considera intolerable la forma en que los políticos de su país han asistido a la *decadencia*. Una palabra polisémica que el autor se apresura a aclarar: la decadencia es el desempleo invencible, la marginación de capas amplias de ciudadanos, la pérdida de capacidad competitiva de Francia, su pérdida de identidad nacional y el declive de su influencia en el mundo. La decadencia es, sin duda, la esclerosis de un sistema que se niega a ser reformado por intereses corporativos diversos, de un sistema que no premia el esfuerzo, que no dignifica el trabajo y que desalienta la dignidad de la meri-

(45) J. TUSELL (2003): 250-263.

tocracia. Es la asunción de medidas económicas demagógicas, insostenibles, en defensa de un Estado que quiere seguir llamándose del bienestar, pero que ofrece recetas incompatibles con las condiciones del sistema productivo globalizado, como la ley de 35 horas (46). El segundo aspecto consiste en la recuperación de una cultura republicana que devuelve la igualdad de derechos reales, no retóricos, a los ciudadanos, como condición previa para que se devuelva la confianza a unas instituciones de la V República a las que el pueblo francés ha dado la espalda desde finales del siglo xx. El tercero reclama la reintegración política de los franceses inclinados hacia posiciones extremas porque su sentido de patriotismo y su defensa de la identidad francesa, vinculada a sus propias condiciones de vida, los ha apartado del espacio republicano. El cuarto se dirige a la reconstrucción del movimiento gaullista, de la Unión por un Movimiento Popular, como tradición propia y una ruptura con el presente, a fin de restaurar la corriente cultural mayoritaria del pueblo francés. Un proyecto dispuesto a establecer la gran coalición de Pompidou que es capaz de integrar a la derecha tecnocrática y dar cobertura al populismo de identidad que se ha refugiado en el Frente Nacional. Es decir, el restablecimiento de *un solo pueblo francés*, como no dejó de subrayar François Fillon ante las cámaras en la noche electoral. Frente a los dos bloques planteados por la izquierda, incluso frente a la «derecha plural» que ha alimentado y soportado Chirac, Sarkozy establece un principio de integración ambicioso, que no se refiere solamente a los representantes de los partidos centrista y gaullista, sino a la extrema derecha y a sectores moderados de la socialdemocracia (47). Por último, Sarkozy establece la necesidad de un nuevo patriotismo que no sea ajeno a la construcción de Europa, sino que inicie la recuperación de Francia en el mundo.

Todos estos factores han sido dejados por parte de una presidencia como la de Chirac, obtenida de un modo vicario, por la presentación de un candidato sin posibilidades que le convierte, a pesar suyo, en un hombre que en realidad no ha competido, al que han votado sus adversarios para salvar las instituciones, pero que ha permitido que Francia vaya deslizándose por la pendiente sin mover un dedo, algo que permitirá a Sarzoky presentarse, al mismo tiempo, como candidato de la renovación y de la continuidad, del cambio sobre la lealtad a una tradición. Todo ello en términos culturales, ideológicos, porque el joven presidente no tardará mucho, en cuanto sea elegido y en cuanto obtenga una Asamblea de su confianza, en lanzarse a una política de reformas que han sido permanentemente aplazadas y que sólo pueden leerse como una política de la derecha frente a la izquierda paralizada por el nuevo desastre. Ni siquiera la herencia lamentable de Chirac ha sido suficiente (48). Sólo algunos incondicionales del viejo presidente pueden dar datos íntimos sobre la suce-

(46) N. SARKOZY (2007).

(47) N. SARKOZY (2001): 51-65; N. SARKOZY (1995): 97-101.

(48) R. DÉLY (2007); S. JOURDAN (2002).

sión de tragedias vividas desde 1978, que han acabado con la pantomima de sus últimas elecciones presidenciales (49). Cuando llega la campaña, la sorpresa parece brotar en el campo socialista, donde Segolène Royale parece presentar en público a la «generación Mitterrand» ya repuesta de la crisis iniciada en Rennes. Pero la candidata no es Mitterrand, desde luego. Ni siquiera Rocard o Jospin, y será traicionada por su dureza y rigidez frente a un Sarkozy afable, creativo, de palabra fácil, que no cae en la trampa de dejarse pasar por la izquierda o, más bien, por la sensibilidad social en el debate televisado que protagonizan los candidatos en vísperas de la batalla. La noticia no será la derrota de la candidata de un partido abiertamente dividido, carente de ideas nuevas que ha querido sustituir por una imagen. Ese campo de la comunicación también pertenece a Sarkozy, como no dejará de demostrarlo. La sorpresa se da ante el derrumbe del Frente Nacional, anunciado por las encuestas pero nunca creído hasta tal punto por los propios dirigentes de cualquier fuerza política del país. No hay más que recorrer las circunscripciones fuertes del lepenismo para observar la conquista de ese espacio, *desde la primera vuelta*, por Sarkozy: la línea que parte del Sudeste y asciende por el Este de Francia hasta desembocar en Calais, a la que se suma el destartado cinturón industrial de París. El llamamiento a la identidad nacional, a la regulación de la inmigración, a la lucha contra la resignación y la decadencia, a la renovación de la dignidad presidencial, a la exigencia en el trabajo, a la igualdad de oportunidades prestadas a los franceses, se instala en un territorio demasiadas veces visto en exclusiva a través del descodificador de la xenofobia. Sarkozy no sólo les inspira la esperanza en una seguridad ejercida desde instituciones que defenderán los derechos, la prosperidad y la soberanía de los franceses. Sarkozy está hablando de que esa política puede defenderse, de nuevo, en el marco de un gran movimiento constituyente de una nueva derecha, con las raíces sólidamente asentadas en la tradición gaullista.

Ahora bien, esta retórica debe enfrentarse a un programa político, y el gobierno Sarkozy tropezará en su primera intervención, cuando plantea la modificación del sistema fiscal a favor de los impuestos indirectos, lo que probablemente le cuesta una mayoría más importante en la Asamblea Nacional. Sarkozy promueve inmediatamente medidas para plantear una nueva forma de distribución de fondos a la enseñanza universitaria que puede revertir a favor de establecimientos de elite. Sarkozy cumple su promesa de la ausencia de prejuicios de partido invitando a relevantes personalidades del socialismo a formar parte de su proyecto. Por otro lado, señala medidas de endurecimiento contra la delincuencia (50), el control de la inmigración y la expulsión de los ilegales (51), una célebre carta a los profesores para el restablecimiento de la autoridad en la

(49) F.O. GIESBERT (2006).

(50) *Le Monde*, 20 de agosto de 2007.

(51) *Le Monde*, 22 de agosto de 2007.

escuela (52), realiza una enfebrecida actividad internacional de mediación y renovación de alianzas, destinadas a mantener el compromiso con los Estados Unidos, a crear ambientes favorables a Francia en los países islámicos y africanos (53) y de plantear el ritmo de la Unión Europea con Angela Merkel, devolviendo a Francia al lugar de pilotaje que le corresponde. Todo ello, para acabar con la propuesta de un «nuevo contrato social»: la reforma de Francia para combatir a los sectores que disfrutaban de especiales condiciones de jubilación, la flexibilización de los contratos laborales, la progresiva liquidación de las 35 horas y el control del rechazo de puestos de trabajo por los parados, medidas todas ellas que serán tomadas con un apoyo mayoritario considerable por la opinión pública francesa (54). Una medida a la que se añadirá, rápidamente, el llamamiento hecho a los funcionarios para que adquieran una moral del trabajo que les permita progresar fuera de la rutina y respetar la regla de la igualdad de oportunidades y la competencia, en el marco de una «cultura de los resultados» que será inmediatamente respondida como una agresión al modelo del servicio público por la izquierda (55). Mientras tanto, la reforma social impensable en la Francia estancada denunciada por los teóricos del liberalismo, se suma a los factores que caracterizan a esta nueva derecha, para evitar la fuga hacia otras zonas del escenario: la identidad y el control de la inmigración se propone mediante controles sobre conocimiento de la lengua a los inmigrantes e incluso la propuesta de un análisis de ADN que asegure la veracidad del reagrupamiento familiar que justifica el derecho a la entrada en el país (56).

X

En el cruce entre dos siglos, el desafío de un cambio de ciclo —que va acompañado del aparente desgaste terminal de *cualquier* proyecto de la izquierda digno de una tradición del reformismo occidental en que se han movido las tradiciones socialdemócrata y comunista— implica para la derecha la necesidad de hacer frente al cambio del consenso establecido en la etapa de refundación de las democracias tras la segunda guerra mundial. La dispersión de modelos obedece a las muy distintas culturas políticas nacionales, que no aceptan una explicación global cuya simplificación no exterminen los datos de su significado. Pero puede observarse, en ritmos distintos, con respuestas diferentes, con mayor o menor capacidad de vincularse a una tradición, la expresión de una cadena de rupturas institucionales que aparece como un *proceso constituyente* de la derecha, probablemente destinado a la marginación de una extrema derecha

(52) *Le Monde*, 4 de septiembre 2007.

(53) *Le Monde*, 19, 24 y 28 de agosto de 2007.

(54) *Le Monde*, 18 de septiembre 2007.

(55) *Le Monde*, 19 y 20 de septiembre.

(56) *Le Monde*, 20 de septiembre.

autónoma, pero vinculando determinados valores de ésta a la naturaleza de la reconstrucción que se propone a la sociedad. Una propuesta que es también la forma de responder a una demanda, a un proceso de deslegitimación que no siempre ha buscado el camino de una presión anticapitalista clásica, sino que ha podido aterrizar en la sorprendente fertilidad de un populismo autoritario, excluyente, incluso xenófobo. La derecha propone una nueva *revolución conservadora* que permita presentar la desigualdad social como fruto de la igualdad de oportunidades; la asunción de criterios de eficiencia de mercado a los servicios públicos como el triunfo de la lógica más productiva; la defensa de la identidad nacional que afecta directamente a las políticas migratorias y, en el fondo, a las concepciones de largo alcance sobre la sociedad del mestizaje. Todo ello se hace en nombre de un liberalismo popular que crea y distribuye la riqueza al mismo tiempo que preserva el sentido de la responsabilidad, de una forma que la izquierda no puede afrontar, capturada por sus prejuicios ideológicos, aunque esta afirmación olvide lo que la misma izquierda ha dirigido, no sin críticas y pérdidas de base social, en Gran Bretaña, en Alemania, en España o en Italia. Quizás a la izquierda francesa, aún aturdida por la crisis que se inició en Rennes, o a una izquierda española en proceso de clarificar su modelo de ciudadanía tras el proceso de recuperación iniciado en el 2001, les corresponda ahora la palabra, para restablecer la pluralidad cultural y el diálogo político acerca del carácter social del nuevo siglo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLUM, P. (2000): «Italian Society Transformed», en P. McCarthy, *Italy since 1945*. Oxford U.P., Oxford, 10-41.
- AZNAR, J.M. (1994): *España. La segunda transición*. Espasa Calpe, Madrid.
- (1995): *La España en que yo creo. Discursos políticos, 1990-1995*. Noesis, Madrid.
- (2004): *Ocho años de gobierno. Una visión personal de España*. Planeta, Barcelona.
- (2005): *Retratos y perfiles. De Fraga a Bush*. Planeta, Barcelona.
- BACQUÉ, R. y SAVEROT, D., (1995): *Chirac Président. Les coulisses d'une victoire*. Éditions du Rocher, París.
- BALLADUR, E. (1995): *Deux ans à Matignon*. Plon, París.
- BACQUÉ, R., y SAVEROT, D.: *Chirac Président. Les coulisses d'une victoire*. Editions du Rocher, París.
- BAVEREZ, N. (1998): *Les trente piteuses*. Flammarion, París.
- (2003): *La France qui tombe*. Perrin, París.
- BECKER, J.J. y ORY, P. (1998): *Crises et alternances, 1974-1995*. Seuil, París.
- BERNARDO DE QUIRÓS, L y R. MARTÍNEZ RICO, (2005): *La revolución silenciosa. El modelo económico español, 1996-2004*. Instituto de Estudios Económicos, Madrid.
- BERLUSCONI, S. (2000): *L'Italia che ho in mente*. Mondadori, Milán.
- (2006): *Verso il Partito della Libertà*. Mondadori, Milán.

- BERNSTEIN, S. y RIOUX, J.P. (1995): *La France de l'expansion. L'apogée Pompidou (1969-1974)*. Seuil, París.
- BETZ, H-G. (1991): *Postmodern Politics in Germany. The Politics of Resentment*. Macmillan, Londres.
- BIRENBAUM, G. (1992): *Le Front Nacional en politique*. Ballano, París.
- BONDI, S. (2004): *Tra destra e sinistra. La nuova politica di Forza Italia*. Mondadori, Milán.
- BOUÉ-MERRAC, P. (1995): *Chirac authentique. La biographie inédite du V Président de la V République*. Harca, París.
- BUFACCHI, V. y BURGESS, S. (2002): *L'Italia contesa. Dieci anni di lotta politica da Mani pulite a Berlusconi*. Carocci, Urbino.
- BURNS MARAÑÓN, T. (2007): «Cameron: el regreso de los conservadores.» *Cuadernos de Pensamiento Político, FAES*, nº 14, pp. 101-116.
- CAMPI, A. (2006): *La Destra di Fini. I dieci anni di Alleanza Nazionale 1995-2005*. Marco, Lungro di Cosenza.
- CAMUS, Y. (1997): *Le Front Nacional. Histoire et analyses*. Laurens, París.
- CARITI, A. (1996): «From Guetto to Palazzo Chigi. The Ascent of the Nacional Alliance.» en R. KATZ Y P. IGNAZI, *The Year of the Tycoon*. Westview Press, Boulder.
- CHAMPEYRACHE, C. (2002): *La Ligue du Nord. Un séparatisme à l'italienne*. L'Harmattan, París.
- CHIARINI, R. y MARAFFI, R., eds. (2001): *La destra allo specchio*. Marsilio, Venecia.
- CHILDS, D. (2001): *Britain since 1945. A Political History*. Routledge, Londres.
- CHIRAC, J. (1978): *La lueur de l'esperance. Réflexion du soir pour le matin*. La Table Ronde, París.
- CLARK, A. (1998): *The Tories. Conservatives and the Nation State, 1922-1997*. Phoenix, Londres.
- DÉLY, R. (2007): *Què restera-t-il des années Chirac*. Milan Actu, Toulouse.
- EVANS, E. (1997): *Thatcher and thatcherism*. Routledge, Londres.
- EVANS, R. (1989): *In Hitler's Shadow. West German Historians and the Attempt to escape from the Nazi Past*. I.B. Turis, Londres.
- FAVIER, P. y M. MARTIN-ROLAND (1991-1996): *La Décennie Mitterrand*. Seuil, París.
- FINI, G. (1999): *Un'Italia civile*. Ponte alle Grazie, Milán.
- FOLLINI, M. (2000): *La DC. Il Mulino*, Bologna.
- FRAGA, M. (1976): *España en la encrucijada*. Adra, Madrid.
- (1977): *Alianza Popular*. Albia Política, Madrid.
- (1979): *Después de la Constitución, y hacia los años 80*. Planeta, Barcelona.
- (1980 a): *Memoria breve de una vida pública*. Planeta, Barcelona.
- (1980 b): *Ideas para la reconstrucción de una España con futuro*. Planeta, Barcelona.
- (1981): *El debate nacional*. Planeta, Barcelona.
- (1985): *El estado de la nación*. Planeta, Barcelona.
- (1986 a): *España bloqueada. Cómo superar las utopías socialistas*. Planeta, Barcelona.
- (1986 b): *El cambio que fracasó*. Planeta, Barcelona.
- GALLEGO, F. (2002): *Por qué Le Pen*. El Viejo Topo, Barcelona.
- (2004 a): *Neofascistas. Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*. Plaza y Janés, Barcelona.

- (2004 b): «Pluralidad, soberanía, legitimidad. El escenario político del 14-M», en *Cuadernos de pensamiento político*. FAES. 3, 59-80.
- (2007): «Italia. Del MSI a Alianza Nacional», en M.A. Simón (ed.), *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días*. Tecnos, Madrid, 311-330.
- GIESBERT, F.O. (1987): *Jacques Chirac*. Seuil, París.
- (2006): *La tragédie du président. Scènes de la vie politique, 1986-2006*. Flammarion, París.
- GILMOUR, I. (1997): *Whatever happened to the Tories. The conservatives since 1945*. Fourth Estate, Londres.
- GINSBORG, P. (2001): *Italy and its discontents, 1980-2001*. Penguin, Londres.
- (2004): *Silvio Berlusconi. Televisión, Power and Patrimony*. Verso, Londres.
- GISCARD D'ESTAIGN, V. (1976): *Démocratie française*. Fayard, París.
- (1988): *Le pouvoir et la vie (I)*. Compagnie 12, París.
- (1991): *Le pouvoir et la vie (II) L'affrontement*. Compagnie 12, París.
- GUNDLE, S. y S. PARKER (1996): *The New Italian Republic. From the Fall of the Berlin Wall to Berlusconi*. Routledge, London.
- HAEGEL, F. (1995): «Jacques Chirac. Candidat 'Naturel' (et métamorphosé) du RPR?», en P. Pérrineau y C. Ysmal, *Le vote de crise. L'élection présidentielle de 1995*. Presses de la Fondation Nacional de Sciences Politiques, París, pp. 95-111.
- HERF, J. (1997): *Divided Memory. The Nazi Past in the Two Germanys*. Harvard U.P., Cambridge.
- HERRERO DE MIÑÓN, M. (2000): «Política exterior», en J. Tusell (ed). *El Gobierno de Aznar. Balance de una gestión 1996-2000*. Crítica, Barcelona, 41-54.
- IGNAZI, P. (1992): *Dal PCI al PDS*. Il Mulino, Bolonia.
- (1998): *Il Polo escluso. Profilo storico del Movimento Sociale Italiano*. Il Mulino, Bolonia.
- JAFFRÉ, J. (1995): «La victoire de Jacques Chirac et la transformation des clivages politiques», en P. Pérrineau y C. Ysmal, *Le vote de crise. Les élections présidentielles de 1995*. Editions de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, pp. 159-178.
- JANUÉ, M. (2002): *La nova Alemanya. Problemes i reptes de la unificació*. Eumo, Vic.
- JARREAU, P. (1995): *La France de Chirac*. Flammarion, París.
- JIMÉNEZ, J.C. (2000): «Balance económico de un fin de siglo», en J. TUSELL (ed.), *El gobierno de Aznar. Balance de una gestión 1996-2000*. Crítica, Barcelona, pp. 55-70.
- JOURDAN, S. (2002): *Génération Chirac, génération volée. Jusqu'où iront nos élus?* Denoël, París.
- KOLINSKY, E. (1992): «A future for Right Extremism in Germany?», en P. Hainsworth, *The Extreme Right in Europe and USA*. Pinter, Londres, pp. 61-94.
- LECOEUR, E. (2003): *Un néo-populisme à la française. Trente ans du Front National*. La Découverte, París.
- MCCARTHY, P. (1996): «Forza Italia. The Overwhelming Success and the Consequent Problems of a Virtual Party», en R. KATZ y P. IGNAZI, *The Year of the Tycoon*. Westview press, Boulder.
- C. MAIER (1988): *The Unmasterable Past. History, Holocaust, and Germany nacional Identity*. Harvard U.P., Cambridge.
- MANNHEIMER, R. (ed) (1991): *La Lega Lombarda*. Feltrinelli, Milán.

- MASER, W. (1991): *Helmut Kohl. El reunificador*. Espasa Calpe, Madrid.
- MAYER, N. (1999): *Ces français qui votent FN*. París, Flammarion. P. Merkl, ed (1995), *The Federal Republic of Germany at Forty-Five. Union without Unity*. Macmillan, Londres.
- MONTERO, J.R. (1986): «El sub-triunfo de la derecha: los apoyos electorales de AP-PDP», en J.A. LINZ y J.R. MONTERO, eds., *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta*. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 345-432.
- PADGETT, S., W. PATERSON y G. SMITH, eds (2003): *Developments in German Politics*. Macmillan, Londres.
- PARKER, S. (1997): *Understanding Contemporary Germany*. Routledge, Londres.
- PASQUA, C. (1992): *Que demande le peuple...*, Albin Michel, París.
- (1999): *Tous pour la France*. Albin Michel, París.
- PASQUINO, G. (2002): *Dall'Ulivo al governo Berlusconi. Le elezioni del 13 maggio 2001 e il sistema politico italiano*. Il Mulino, Bolonia.
- PAOLUCCI, C. (2007): «Forza Italia», en L. BARDI, P. IGNAZI y O. MASSARI, *I partiti italiani*. Bocón, Milán.
- PENELLA, M. (2005): *Los orígenes y evolución del Partido Popular. Una historia de AP, 1973-1989*. Salamanca, Caja Duero, 2 vols.
- PÉRRINEAU, P. (1997): *Le symptôme Le Pen. Radiographie des électeurs du Front National*. Fayard, París.
- POLL, E. (2001): *Forza Italia. Strutture, leadership e radicamento territoriale*. Il Mulino, Bolonia.
- PORTELLI, H. (1995): «Édouard Balladur, les logiques d'une candidature, en P. PÉRRINEAU y C. YSMAL, *Le vote de crise. Les élections présidentielles de 1995*. Editions de la Fondation Nacional des Sciences Politiques, París, pp. 113-126.
- POWELL, C. (2001): *España en democracia, 1975-2000*. Plaza y Janés, Barcelona.
- PULZER, P. (1995): *German Politics, 1945-1995*. Oxford University Press, Oxford.
- ROSSI, N. (2002): *Riformisti per forza. La sinistra italiana tra 1996 e 2006*. Il Mulino, Bolonia.
- SARKOZY, N. (1995): *Au bout de la passion, l'équilibre... Entretiens avec Michel Denisot*. Albin Michel, París.
- (2001): *Libre*. XO Éditions, París.
- (2007): *Ensemble*. XO Éditions, París.
- SÉGUIN, P. (1992): *Discours pour la France*. Grasset, París.
- SERVELLO, F. (2006): *60 anni. Dal Movimento Sociale ad Alleanza Nazionale*. Rubbettino Editore, Catanzaro.
- SHEPHERD, R. (1991): *The Power Brokers. The Tory Party and its leaders*. Hutchinson, Londres.
- SMITH, G., W. PATERSON, P. MERKL y S. PADGETT (1992): *Developments in German Politics*. Macmillan, Londres.
- SMITH, T.B., (2004): *France in crisis. Welfare, Inequality and Globalization since 1980*. Cambridge University Press, Cambridge (UK).
- TARCHI, M. (1995): *Cinquant'anni di nostalgia. La destra italiana dopo il fascismo. Internista di Antonio Carioti*. Rizzoli, Milán.
- (1997): *Dal MSI ad AN. Organizzazione e strategie*. Il Mulino, Bolonia.
- (2003 a): *L'Italia populista. Dal qualunquismo ai girotondi*. Il Mulino, Bolonia.

- (2003 b): «The Political Culture of Alleanza Nazionale: an Análisis of the Partu'y Programmatic Documents (1995-2002)», en *Journal of Modern Italian Studies*, 8, 135-181.
- THATCHER, M. (1995): *El camino hacia el poder. El País*-Aguilar, Madrid.
- TENZER, S. (2004): *France: La réforme impossible?* Flammarion, París.
- TURANI, G. (1996): *I sogni del Grande Nord*. Il Mulino, Bolonia.
- TUSELL, J. (2000): *El gobierno de Aznar. Balance de una gestión, 1996-2000*. Crítica, Barcelona.
- (2004): *El aznarato. El gobierno del Partido Popular, 1996-2003*. Aguilar, Madrid.
- WALTERS, S. (2001): *Tory Wars. Conservatives in Crisis*. Politico's, Londres.
- WILLIAMS, H. (1998): *Guilty Men. Conservative Decline and Fall, 1992-1997*. Aurum, Londres.
- ZAMAGNI, V. (2000): «Evolution of the economy», en P. MacCarthy, *Italy since 1945*. Oxford U.P., Oxford, 42-68.